

Entrevista

Josep Fontana: "¡Claro que hay que revisar la historia! ¡Constantemente!"

Francesc Arroyo

23 marzo 2006

(Traducción de Jordi Domènech)

Josep Fontana, director del Institut Universitari d'Història Jaume Vicens Vives, acaba de publicar *La construcció de la identitat* (Editorial Base). Un volumen que recoge textos de diversa procedencia los cuales tienen en común el tratamiento de temas de actualidad. Desde la polémica sobre el Estado-nación hasta la globalización o la historiografía sobre el 23 de febrero de 1981. Los escritos son, también y por encima de todo, una reflexión sobre la historia y la función del historiador. Sobre las posibles manipulaciones del pasado con voluntad de dominación en el presente y en el futuro. Para afrontar todo ello propone la constante revisión de la historia.

Pregunta. Este libro presenta diversas cuestiones. Una de ellas parece muy actual: el debate sobre el Estado-nación.

Respuesta. Esto del Estado-nación es algo que me angustiaba y sigue angustiando, porque todavía estamos igual con todo ese asunto de si España es la nación. Se está utilizando de una manera siniestra. Intentaba decir algo que me parece necesario: que la nación nace de un sentimiento compartido. Aquí no hay legislación que valga. La prueba es que en Cataluña este sentimiento sobrevivió todos los años de prohibición del franquismo sin que quedara afectado en absoluto. En cada hogar se perpetuaba la sensación de pertenecer a una comunidad con la cual tienes algo en común y a la cual quieres pertenecer. Ni la Constitución ni el Estatut tienen ahí nada que decir. Otra cosa son las funciones que corresponden al Estado.

P. Parece una crítica a determinados aspectos de la polémica en torno al Estatut.

R. Yo diría que deberíamos criticar el hecho de que continuemos utilizando los elementos separadores y agresivos que la teoría del Estado-nación ha generado. Y que ha causado millones de muertos totalmente innecesarios. La gente ha de entender que el Estado plurinacional no es una especie de utopía del futuro, sino la forma natural de vivir. Y

fue así hasta que a finales del siglo XVIII y principios del XIX convino para determinadas finalidades.

P. Así pues, ¿las naciones son unidades de convivencia?

R. Son unidades de convivencia. Nacen más de los sentimientos de la gente que de otra cosa. Estos sentimientos compartidos se basan a veces en la lengua, pero no siempre ni únicamente. La lengua no se convirtió en elemento definidor hasta el siglo XIX. Con el romanticismo. Aquí, durante la guerra, mucha gente se expresaba en castellano y no pasaba nada. El bilingüismo era algo perfectamente común. Pero había cosas, en conjunto, que era lo que la gente definía como sus derechos y libertades, la existencia de unas reglas políticas y unas formas de organizarse y de vivir, que satisfacían sus intereses.

Los de arriba, en la medida en que les iba bien y garantizaba el desarrollo económico, pero también los de abajo, compartían todo ello como algo que les caracterizaba. Esto era el núcleo del hecho nación. Después llegó un poder que liquidó esta nación, pero la gente siguió con la sensación de comunidad. Y la prueba de que no es necesario un respaldo político para que exista el sentimiento de comunidad, es que con el final del franquismo la gente no necesitó ser adiestrada en el sentido de pertenecer a una nación catalana. El Estado es otra cosa.

P. Por el contrario, el Estado...

R. Es esencial para la idea de Estado pensar en el contrato social. Hay obligaciones y derechos y esto se puede negociar perfectamente. De hecho, la mayor parte de cosas que se negocian con el Estatut tienen más que ver con el Estado que con la nación. Lo peor es que todavía es posible manipular estos sentimientos con todo el trasfondo que tienen de prejuicios y de cosas que sería mejor dejar enterradas en vez de removerlas.

P. Manipular sentimientos es más fácil que actuar con la razón.

R. Es más fácil en la medida en que se implica no sólo el sentimiento que uno pueda expresar, sino también aquellas zonas oscuras donde se hallan los prejuicios que uno normalmente no expresaría, pero que, cuando se le incita, saltan. El anticatalanismo no ha nacido hoy ni lo ha montado el PP, surge de todo un fermento de prejuicios, malentendidos y manipulaciones que salen en cuanto se rasca un poco. La primera vez que se discutió sobre los papeles de Salamanca fue en una Junta de Archivos. A mí me había nombrado la última ministra socialista y de momento Esperanza Aguirre no había tocado nada. Luego sí, nos echó a todos. Estábamos discutiendo y teníamos el sentimiento de que había que devolver todos aquellos papeles, con el consentimiento de personas como Antonio Elorza, Santos Juliá, de origen castellano pero de acuerdo en discutir. Entonces intervino un humanista y dijo que no estaba de acuerdo "porque los catalanes

cuando les dan una cosa luego se lo llevan todo". Esto no era un sentimiento, nacía del fondo, de una alcantarilla que todos llevamos dentro.

P. En su libro habla del nacionalismo como un antídoto contra el universalismo socialista.

R. ¿Qué se entiende por socialismo? Tengo un amigo que es un historiador checo. Una espléndida persona. Nunca fue miembro del partido y ha vivido de manera modesta. Después de la Revolución de Terciopelo me explicaba las cosas y los problemas, cómo habían aumentado los alquileres, etc. Y añadía: "Pero yo todavía me siento socialista." ¿Qué quería decir? Algo que no deberíamos olvidar: el nombre propio, legítimo de "socialismo" debería corresponder a aquella aspiración que desde comienzos del siglo XIX sentía toda una serie de gentes por una sociedad más igualitaria y más justa. No hay que vincularlo a definiciones como propiedad estatal de los medios de producción. Que ahora no esté de moda y que el de socialismo haya sido un término casi prostituido, no significa que no haya cierta legitimidad para pensar que pueda organizarse la sociedad de una manera más equitativa.

P. Usted propone revisar la historia.

R. La idea que tanto escandaliza al PP de revisar la historia... ¡Claro que hay que revisar la historia! ¡Constantemente! Por muchas razones. En primer lugar, para eliminar errores y abusos.

P. ¿Hay muchos abusos?

R. En Crítica estamos a punto de publicar un libro de Jeffrey Reagan —que había ya publicado una historia de la incompetencia militar— que se titulará *Guerras, políticos y mentiras*, en el que denuncia la enorme cantidad de mentiras que se vehiculan a través de una historia dirigida desde arriba. Hay otro libro, *Las mentiras que me explicaba mi maestro*, que describe los problemas de los profesores norteamericanos presionados por el entorno social, no por el gobierno. Están obligados a exponer versiones no conflictivas. No pueden tocar problemas como la bomba atómica, o el Vietnam, porque ello provoca las protestas de los padres. Aquí, si uno toma la historia académica disponible puede realizar un listado de los amantes de Isabel II y deducciones razonables de quién fue el padre de sus hijos. En cambio, nada nos dice de un fenómeno importante que se produjo a mediados de siglo: la caída de los salarios reales y del nivel de vida de los campesinos, que explican que en 1868 los insurgentes tuvieran el apoyo de grupos de campesinos que se sumaron a ellos porque surgían de su malestar. De esto no hablan los libros, y en cambio explican quién fue el padre de Alfonso XII o el de *La Chata*.

P. En el libro hay una referencia constante a la idea de progreso.

R. Es un elemento que ha tenido una función clave en el eurocentrismo y en la legitimación del imperialismo. Es la idea de que hay un hilo conductor que va del hombre de las cavernas al norteamericano de hoy. Una idea falsa. No hay un camino, sino muchos caminos. Y no siempre el que gana es el mejor. En 1936 se produce en España una ruptura que impidió que lo que representaba la II República, un intento de reformismo, con escolarización, tuviera éxito, y en cambio triunfó lo que entonces tenía el apoyo de las potencias fascistas y el apoyo pasivo y la simpatía de Estados Unidos, Gran Bretaña, etc. No es cierto que el que gana sea el mejor. Es el más fuerte. No siempre la opción triunfadora es la mejor. Desembarazarse de esta imagen del progreso es conveniente por muchas razones, entre otras porque sirvió para justificar "la carga del hombre blanco". Es decir, la legitimidad de que el hombre blanco europeo fuera a civilizar a los demás. Obviamente, no gratis. En las colonias africanas francesas el trabajo obligatorio no fue abolido hasta 1945, y fue abolido por la resistencia de los indígenas. Aún hoy tenemos a los norteamericanos yendo a Oriente Medio para llevarles la democracia. Hay progresos, obviamente, pero también retrocesos. Yo tuve un gran afecto por Ramón Carande, y en cierta ocasión un periodista le dijo: "Don Ramón, resúmame usted en dos palabras la historia de España." Y don Ramón le contestó: "Demasiados retrocesos." Es como aquellos versos de Jaime Gil de Biedma, que dicen que "de todas las historias de la historia la más triste es la de España porque termina mal". Hay cosas que se ganan y cuando se ganan ya no pueden quitarse a la gente. Esto es evidente.

P. Esto rompe también la propuesta del fin de la historia...

R. La historia es el producto de las luchas humanas. El producto de la acción colectiva. Con batallas ganadas y batallas perdidas. La idea del fin de la historia es la consecuencia de la idea del progreso lineal. Fukuyama dice que se ha demostrado que lo ideal es la sociedad liberal-capitalista. Para mí, en cambio, la visión es de caminos diversos, con enfrentamientos y opciones que conducen a una línea que no está legitimada por el solo hecho de imponerse.

P. El libro incluye una visión personal de la Transición, y explica por qué dejó el PSUC...

R. Lo explico como anécdota. Aquel día decidí que no seguirían tomándome el pelo.

P. Quizá porque a la izquierda la honestidad se le supone.

R. Es muy difícil decir qué sea eso de la izquierda. Para mí ser de izquierdas significa no estar nunca contento con la situación presente. Porque obviamente es mejorable. Ir contracorriente y ser siempre alguien que molesta. Si la izquierda está en el poder, es más difícil. A menudo cuesta entender que una determinada izquierda es de izquierdas. A mí me cuesta mucho pensar que el señor Bono es de un colectivo de izquierdas. A veces descubres con cierto asombro que los políticos acaban asumiendo lo que hacen como una profesión y tienen una visión del juego como si unos hicieran un papel, y

otros, otro. Pero todos son colegas. Sentí estupefacción al escuchar a un ministro socialista, ex comunista, hablar de Fraga como de un colega. Algo así te hace pensar que realmente acaban sintiéndose por encima del bien y del mal. La función de alguien de izquierdas es mantener una función crítica. No sólo para tocar las narices. Hay que ser consciente, por decirlo en términos gramscianos, de que el entorno es mejorable. Y por lo tanto la satisfacción y la complacencia son ilegítimos para alguien con una actitud de este tipo. Toca criticar lo que está mal y crear conciencia en el entorno, el material que más falta, y más en esta sociedad actual que cincuenta años atrás: conciencia crítica colectiva.

Fuente original:

Francesc Arroyo, "Entrevista. '¡Esclar que cal revisar la història! ¡Constantment'", *El País*, 23 marzo 2006.

http://elpais.com/diario/2006/03/23/quaderncat/1143078317_850215.html